

## Monseñor Luis Gastón De Segur La Revolución (II)

### 5º ¿Quién es el antirrevolucionario por excelencia?

Nuestro Señor Jesucristo en el cielo, y en la tierra el Papa, su Vicario.

La historia del mundo es la historia de la lucha gigantesca entre los dos caudillos: de una parte, Jesucristo con su santa Iglesia; de la otra, Satanás con todos los hombres a los que pervierte y reúne bajo la maldita bandera de la rebelión. El combate ha sido terrible en todos los tiempos, y nosotros vivimos en una de sus épocas más peligrosas, que es la de la seducción de las inteligencias y organización de lo que ante Dios no es más que desorden y mentira.

La Iglesia y el Papa, ahora como siempre, se encuentran en la brecha defendiendo la verdad y la justicia, aborrecidos de muerte por los revolucionarios de toda clase, cuyas tramas y proyectos perversos descubren y desconciertan.

Antes de morir, uno de nuestros más ilustres Obispos desvelaba el odio y los proyectos de la Revolución contra el Sumo Pontífice.

*«El Papa —escribía con mano trémula— tiene un enemigo: la Revolución; enemigo implacable cuyo furor no pueden mitigar los mayores sacrificios, y con el cual no hay transacción posible. Al principio sólo pedía reformas; hoy éstas ya no le bastan. Desmembrad la soberanía temporal de la Santa Sede; mutilad la obra admirable que Dios y Francia establecieron hace más de mil años; arrojad en manos de la Revolución, pedazo a pedazo, todo el patrimonio de San Pedro, y ni con esto habréis satisfecho ni desarmado a la Revolución. La ruina de la existencia temporal de la Santa Sede, más que un fin, es un medio para llegar a una destrucción mayor. Lo que se pretende aniquilar es la misma existencia de la Santa Sede y de la Iglesia, y de tal manera, que no quede de ella ningún vestigio. ¿Qué importa, al fin y al cabo, que la débil dominación cuyo asiento está en Roma y en el Vaticano quede circunscrita a límites más o menos estrechos? ¿Qué importan Roma y el Vaticano? Mientras haya, sobre la tierra o debajo de ella, en un palacio o en una mazmorra, un hombre ante quien se prosternan doscientos millones de hombres como en presencia del representante de Dios, la Revolución perseguirá a Dios en este hombre. Y si en esta guerra impía no os afiliáis con resolución en el partido de Dios contra la Revolución, si capituláis, los medios con los que intentéis contenerla o moderarla, no servirán sino para dar fuerza a sus ambiciones sacrílegas y para alentar cada vez más sus siniestras esperanzas. Fuerte por vuestra misma debilidad, contando con vosotros como*

*cómplices, o mejor dicho, como esclavos, os obligará a seguirla hasta el fin de sus abominables empresas. Después de arrancaros concesiones que consternarán al mundo, os seguirá exigiendo otras que espantarán vuestra conciencia.*

*Al hablar así, no exageramos en absoluto. La Revolución, considerada, no en lo accidental, sino en lo que constituye su esencia, es algo con lo que no pueden compararse todas las series de revoluciones por las que la humanidad se ha dejado arrastrar desde el origen de los tiempos, y que vemos desarrollarse en la historia del mundo. La Revolución es la insurrección más sacrílega que ha podido armar la tierra contra el cielo; es el esfuerzo más titánico que haya intentado el hombre, no sólo para separarse de Dios, sino para ponerse en lugar de Dios».*

La Revolución no ataca al Papa-Rey sino para acabar más seguramente con el Papa-Pontífice. Como nosotros, comprende que el Papa-Rey es el Papa materialmente independiente e inviolable; y el Papa inviolable es el Papa libre para decir toda la verdad y fulminar su anatema contra los usurpadores y los déspotas, sea cual fuere su poder y jerarquía. La Revolución, que bajo la máscara de libertad e igualdad no es, en suma, sino la expoliación y el despotismo vivientes, no puede tolerar la soberanía pontificia, cuya existencia es para ella cuestión de vida o muerte.

El Papa, Vicario de Jesucristo, es, pues, el enemigo nato de la Revolución. Los Obispos fieles, y los sacerdotes formados según el corazón de Dios, comparten con él esta gloria y este peligro. Viven en medio de los hombres como personificación de la Iglesia y de la ley de Dios; y, por lo mismo, son el blanco del odio revolucionario. La expoliación del dominio temporal debía ser el golpe postrero dado a la última raíz, que, a través de la propiedad, ataba la Iglesia al suelo de Europa. «*Ahora bien* –decía Luis de Bonald en 1820–, *la religión pública está perdida en Europa si no tiene propiedad; y Europa está perdida si no tiene religión pública*».

*«Hay que descatozar el mundo –escribía uno de los líderes de la Venta de la alta Italia–; para ello basta conspirar contra Roma; la Revolución en la Iglesia es la Revolución permanente, y la destrucción obligatoria de los tronos y dinastías. La conspiración contra la Sede romana no debería confundirse con otros proyectos».*

Los verdaderos católicos, fieles discípulos de Jesucristo, se agrupan alrededor del Papa, de los Obispos y de los sacerdotes, para «*combatir el buen combate y conservar la fe*» (II Tit. 4 7). Cada cual se esfuerza en repeler al enemigo y hacer triunfar la buena causa por medio de la oración, las buenas obras, la palabra y la polémica, y por todos los medios legítimos de influencia a su alcance. Es el pequeño pero fuerte ejército de Jesucristo. El gigante revolucionario se promete aplastarlo, como en otro tiempo Goliat frente a David; pero Dios está con nosotros, y nos dice: «*No temáis, pequeña grey, porque es voluntad de vuestro Padre daros la victoria*» (Lc. 12 32). Marchemos, pues, y seamos valientes.

Jóvenes, ahí tenéis señalado vuestro puesto en nuestras filas. Apresuraos, corred y aportad a vuestro divino Maestro el óbolo de vuestra fidelidad naciente. En

tiempos como los presentes, todo cristiano debe ser soldado, y Jesús, al reunirnos bajo la sagrada bandera de su Iglesia, nos dice: «*Quien no está conmigo, contra Mí está*» (Lc. 11 23).

## **6º ¿Es posible la conciliación entre la Iglesia y la Revolución?**

No, ni puede haberla, como no la hay entre el bien y el mal, la vida y la muerte, la luz y las tinieblas, el cielo y el infierno. Y si no, escuchad:

«*La Revolución –decía hace poco, en un documento secreto, una logia italiana de carbonarios– sólo es posible con una condición: la desaparición del Papado. Mientras Roma exista, todas las conspiraciones del extranjero y las revoluciones de Francia sólo tendrán resultados muy secundarios. Aunque sean débiles como poder temporal, los Papas tienen todavía una fuerza moral inmensa. Contra Roma, pues, deben dirigirse todos los esfuerzos de los amigos de la humanidad. Con tal de destruirla, todos los medios son buenos. Una vez derribado el Papa, caerán por sí mismos los demás monarcas*».

«*Es preciso –decía por su parte Edgar Quinet– que caiga el Catolicismo. ¡No hay tregua para el Injusto! No queremos sólo refutar el papismo, sino extirparlo; y no sólo extirparlo, sino hundirlo en el lodo*».

«*En nuestros consejos se ha decidido –declaraba la Alta Venta– que no queremos más cristianos*». Lo cual responde al grito de Voltaire: «*¡Aplastemos al Infame!*»; y al de Lutero: «*¡Lavemos nuestras manos en su sangre!*»

La Iglesia proclama los derechos de Dios como principio tutelar de la moralidad; la Revolución no habla sino de los derechos del hombre, y construye una sociedad sin Dios. La Iglesia toma como base la fe y los deberes cristianos: la Revolución prescinde del Cristianismo; no cree en Jesucristo, se separa de la Iglesia y se forja vete a saber qué deberes filantrópicos, cuyo cumplimiento sin sanción divina se espera del orgullo del *hombre de bien* y del miedo a la policía. La Iglesia enseña y sostiene los principios del orden, de autoridad y de justicia; la Revolución los combate, y con el desorden y la arbitrariedad constituye lo que se atreve a llamar el derecho nuevo de las naciones, la civilización moderna.

El antagonismo entre la obediencia y la rebeldía, entre la fe y la incredulidad, es total; no es posible ninguna conciliación, transacción ni alianza. Tengamos bien grabado esto en nuestra memoria: la Revolución odia todo lo que ella no ha creado, y destruye todo lo que odia. Si le entregásemos hoy el poder absoluto, a pesar de sus promesas, sería mañana lo que fue ayer y lo que seguirá siendo siempre: la guerra a muerte contra la religión, la sociedad y la familia. Y no se diga que, hablando así, la calumniamos, pues ahí están sus declaraciones y sus obras para probarlo.

En esta lucha uno de los dos bandos quedará vencido tarde o temprano, y será el de la Revolución. Puede ser que parezca triunfar por algún tiempo; podrá ga-

nar victorias parciales; primero, porque la sociedad, de cuatro siglos acá, ha cometido en toda Europa enormes faltas que la hacen merecedora de un justo castigo; y luego, porque el hombre es siempre libre, y la libertad, aun cuando se abuse de ella, constituye un gran poder. Pero después del Viernes Santo viene siempre el Domingo de Pascua; y el mismo Dios, verdad infalible, ha dicho al Jefe visible de su Iglesia: *«Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia; y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella»* (Mt. 16 18).

## 7º ¿Cuáles son las armas de la Revolución?

Para atraer a todo el mundo a su causa, la Revolución se hace todo a todos. A fin de pervertir a los cristianos y extirpar el espíritu católico, se sirve de la educación, que ella falsea; de la enseñanza, que ella emponzoña; de la historia, que ella falsifica; de la prensa, de que ella hace el uso que todos sabemos; de la ley, con cuyo manto se cubre; de la política, a la que inspira; y hasta de la misma religión, cuya apariencia asume para seducir a las almas. Se sirve de las ciencias, y halla el modo de rebelarlas contra el Dios de las ciencias; se sirve de las artes, que, bajo su letal influencia, producen la perversión de las costumbres públicas y la deificación de la sensualidad.

*«Para combatir a los príncipes y a los beatos, todos los medios son buenos; todo está permitido para aniquilarlos: la violencia, la astucia, el fuego y el hierro, el veneno y el puñal: el fin santifica los medios»* (Carta de un revolucionario de Alemania a un francmasón).

A Satanás, con tal de lograr su objetivo, le importan muy poco los medios. No es tan delicado como se piensa, ni tampoco lo son sus amigos. Sin embargo, puede decirse que el carácter principal de los ataques de la Revolución contra la Iglesia es el de **la audacia para mentir**. Con la mentira disminuye el respeto al Papado; vilipendia a los Obispos y sacerdotes; bate en brecha las instituciones católicas más venerandas, y prepara la ruina de las sociedades. Con la mentira cínica y perseverante fascina y seduce a las masas, siempre poco instruidas y menos acostumbradas a sospechar de la buena fe de sus aduladores. De mil personas seducidas por la Revolución, novecientos noventa y nueve han sido víctimas de esta táctica odiosa y maldita. ¡Hijos de la Revolución, miserables seductores de los pueblos, que ponen al servicio de la mentira las energías que Dios les concediera para hacer el bien en la sociedad! Sobre ellos recae aquel terrible anatema: *«¡Ay de los que a lo malo llaman bueno, y a lo bueno malo; que consideran las tinieblas como luz, y la luz como tinieblas!»* (Is. 5 20).

Pero ¿es posible que la Revolución sea tan perversa? ¿De verdad conspira de tal suerte contra Dios y contra los hombres? Oigamos sus propias confesiones, y sus proyectos dignos del infierno.